

ciente, sin espíritu crítico (débil mental) y aficionado a levantar sistematizaciones paralógicas sin ninguna relación con la realidad. En la imposibilidad de extractar este estudio, remitimos a él a nuestros lectores. Marcel Boll lo concluye con los siguientes términos:

"Someto, pues, a los fervientes de la nueva fe las definiciones dadas por los alienistas franceses:

Tejido de tonterías, obscenidades y errores (Hartenberg);

Escolástica de la pornografía (Courbon);

y alemanes:

Metapsiquiatría (Kraepelin);

Cochinadas científicas (Hoche)."

Enrique Mouchet

SIGNIFICACION DEL PSICOANALISIS*

Generalmente los críticos de Freud se agrupan en dos partidos: los que ven en él a un genio creador en el campo de la psicología y a un apóstol de una de las más fecundas doctrinas en conclusiones éticas y pedagógicas, y los que, en cambio, se declaran sin ambages enemigos de sus teorías, negándoles sistemáticamente todo valor científico y filosófico y declarándolas peligrosas e inmorales, cuando no una verdadera locura. El distinguido biólogo J. Delage, en *Mercurio*, de Francia, 1916, trata de *Una psicosis nueva: el psicoanálisis*. Un compatriota nuestro, Luis Campos Aguirre, comenta, en la *Revista de Filosofía*, enero de 1923, las teorías psicoanalíticas bajo el título *La divertida estética de Freud*. El autor dice: "Con el tango y el shimmy, las doctrinas psicológicas de Freud han enloquecido a medio mundo. Olvidadas durante veinte años, reaparecen triunfalmente en el preciso momento en que un viento de locura colectiva parece arrastrarnos, nadie sabe hasta dónde.

"Si de la teoría relativista, el agudo Pierremont ha escrito que 'es una enfermedad de las matemáticas', del psicoanálisis de Freud podría decirse que es la opereta de la psicología. Imperdonable gaffe la de Janet, la de Regis, la de Rignano, la de Lalo, al criticar, muy gravemente, las divertidas teorías desde el punto de vista de la patología mental, de la psicología y de la estética.

"El accidente ocurre con frecuencia a los burlones: la fortuna de una bufonada depende mucho más del oído que la recibe que de los labios de donde parte. Sabido es que por no haber alcanzado lo que había de amargo en una de sus ironías, Molière ha cargado con la triste fama de ser el filósofo de los maridos con-

* *Humanidades*, xii, 1926, pp. 405-411.

sentidos. Porque fuerza es decirlo de una vez: con menos complicaciones que Anatole France, con más ilustración científica que Chesterton, sin las proyecciones revolucionarias de Bernard Shaw, *Freud representa, sin disputa, la más alta figura del humorismo contemporáneo*. Si continúa el primero la tradición directa de Renan, si remontan los dos últimos hasta el Addison del *Spectator*, con Freud, por el contrario, se inicia un nuevo género: la epopeya científico-burlesca.

"Nuestra civilización lo requería. A Aristófanes no podemos comprenderlo; Rabelais es demasiado grosero; Voltaire muestra, de vez en cuando, su peluca. En tiempos de socialismo y de extensión universitaria necesitábamos un género más sabio, capaz de agregar a la pornografía de Aristófanes, al sensualismo de Rabelais y a la intuición de Voltaire, el pedantismo científico de un sabio disciplinado a la alemana. Psicología, higiene, terapéutica, pedagogía, clave de los sueños, sociología, charadas, ciencia de los mitos y de las religiones, barajadas unas con otras por virtud del *humour* de este escritor excepcional, habrían de dar por resultado el más extraordinario monumento de la literatura cómica."

Más adelante el comentarista agrega: "Mucho temo que la necesidad de ser sintético haya puesto un poco de cordura en el precedente resumen de las bufonadas de Freud; pero desearía que se contagiara a muchos mi profunda gratitud al humorista genial."

Para mí, en cambio, Freud no es ni un genio ni un apóstol, ni tampoco un humorista ni un depravado. Es un hombre de mucho talento, que ha consagrado toda su vida a elaborar y perfeccionar su sistema ideológico, y creo, por lo tanto, que sus ideas deben ser estudiadas y merecen ser conocidas y aun tratadas desde la cátedra universitaria (¿por qué no?), a pesar de que no las aceptemos. Veamos, pues, cuáles son los puntos vulnerables del psicoanálisis, para luego ocuparnos de sus méritos y de su influencia sobre el progreso de la ciencia psicológica.

En primer lugar, la falta de rigor científico, que permita el fácil contralor de los estudiosos, me parece ser el punto más vulnerable del psicoanálisis. Los psicoanalistas nos piden que practiquemos largamente el psicoanálisis antes de que opinemos acerca de su valor. Hay, pues, que aceptar la doctrina como se acepta una religión; es dogmática y, en este sentido, anticientífica. Hay que creer en lo que dicen sin que podamos comprobar su contenido, por un acto de fe. ¿Qué pruebas tenemos acerca de la verdad de la teoría de los sueños, de la interpreta-

ción de la obra de arte, del determinismo de los actos frustrados, del mecanismo de las neurosis? Ninguna. Hay que creer porque sí, porque lo dicen los ilustres psicoanalistas. Freud se defiende diciendo: "Sería un error creer que una ciencia se compone solamente de tesis rigurosamente demostradas, y no tendríamos razón si así lo exigiéramos. Semejante exigencia sólo se concibe en temperamentos que piden autoridad, que tratan de reemplazar el catecismo religioso por otro que sea de carácter científico. El catecismo de la ciencia no contiene sino muy pocas proposiciones apodicticas; la mayor parte de sus afirmaciones presentan solamente cierto grado de probabilidad. Pertenece propiamente al espíritu científico saber contentarse con esas aproximaciones de la certidumbre y de poder continuar el trabajo constructivo a pesar de que falten las últimas pruebas" (*Introduction a la psychanalyse*, p. 40).

Si hay que creer, si no podemos comprobar la verdad de las conclusiones psicoanalíticas, podemos sostener que, más que una ciencia, es un dogma. Así lo sostiene también Janet, quien contestando al doctor Jones (de Nueva York) dice: "¡Ay!, es verdad, no he practicado el psicoanálisis, es decir, no he interpretado los dichos de los enfermos en el sentido de un dogma asentado de antemano, y no podía hacerlo precisamente porque no creía en el dogma y porque trataba de comprobar la verdad" (P. Janet, *Rapp. au C. de Londres*).

Es, por otra parte, más obra de artista que de hombre de ciencia. Efectivamente, la lectura de las obras de S. Freud nos lleva al convencimiento de que más que hombre de ciencia que somete sus afirmaciones a la comprobación de los hechos, es un artista dotado de una imaginación exuberante y de una capacidad literaria poco común entre los de su profesión. Sus obras dan la impresión que se trata de un edificio sin fundamentos sólidos, levantado con el método deductivo y la dialéctica, y cuyo núcleo central está constituido por unas cuantas ingeniosas hipótesis: los complejos inconscientes (los de orden sexual en primer término), la censura, los deseos reprimidos, que se satisfacen mediante el ensueño o la obra de arte o se manifiestan bajo el ropaje de síntomas patológicos o de actos frustrados.

Por otra parte, representa una verdadera reacción — quizá la más importante por el número y la calidad de las personas— contra la psicología científica basada en la observación de los hechos y, con frecuencia, en la experimentación. Pues el psicoanálisis, más que representar un nuevo método complementario

de los ya clásicos, pretende reemplazar a éstos y erigirse en el único valedero y fecundo. Y sus principios, más que representar nuevas conquistas para la ciencia psicológica, pretenden destruir la psicología, que en contraposición con el psicoanálisis llamaremos clásica, y reemplazarla totalmente como única doctrina psicológica de valor.

Por último, podríamos sostener, sin temor de equivocarnos, que el éxito de la doctrina psicoanalítica, que ha conquistado fervorosos adeptos en muchos países de Europa y América, proviene, además de deberse al estilo brillante en que escribe Freud, de que los espiritualistas y teólogos ven en ella una tabla de salvación para su ideología comprometida seriamente por las corrientes positivista, evolucionista y experimentalista que tomaron cuerpo en el campo filosófico desde principios del siglo XIX, y un nuevo punto de apoyo para el movimiento de reacción contra tales "peligrosas" corrientes ideológicas.

Además, por su método, su dialéctica y sus principios es un retorno al escolasticismo. ¿La *Censura*, no representa una entidad metafísica y misteriosa a imagen de las creaciones escolásticas de la Edad Media? Desde un punto de vista rigurosamente científico no es aceptable esta entidad, pues es una concepción de la fantasía, sin ningún apoyo en la realidad. Es, como otrora el Alma, la Voluntad, la Conciencia, las Facultades del Alma, el Instinto, la Inteligencia, la Libertad, etc. (términos escritos todos con mayúscula), una entidad a modo escolástico y, por lo tanto, anticientífica e inaceptable. La ciencia basada en la observación de los fenómenos y en la experimentación desechó todas esas entidades misteriosas del escolasticismo. Freud y su escuela vuelven a los métodos de la Edad Media; pretenden derribar, en estas cosas, el esfuerzo de todo el siglo XX y de lo que corre del presente, reemplazando las nociones siempre perfectibles de la ciencia basada en la observación y la experimentación — sin desechar la introspección— por conceptos apriorísticos y entidades psíquicas místicas, cual la *Censura*, la que obraría como una fuerza misteriosa y subterránea, pero inteligentemente, desde el Inconsciente del individuo, para reprimir los deseos de la *Libido*, los cuales, gracias a tan misterioso guardián se satisfarían, desfigurados y simbolizados, en los sueños, en los actos frustrados, en la obra artística, en el chiste, y hasta en la enfermedad —neurosis y psicosis— mediante los síntomas mórbidos!!

Y entidades tan misteriosas como la *Censura* y la *Libido* serían los *complejos*, casi exclusivamente de naturaleza sexual,

como el complejo incestuoso, el de Edipo, el de Electra, el homosexual, etc. Todas estas entidades constituirían la gran entidad freudiana: el *Inconsciente*.

Sin embargo, el psicoanálisis ha prestado algunos servicios a la civilización. Después de un periodo de grandes entusiasmos, que comprende la segunda mitad del siglo XIX y los primeros lustros del XX, se observó en el campo de la psicología cierto desaliento, que yo atribuyo, en parte, a un exceso de ilusiones puesto por los especialistas en el método rigurosamente experimental, es decir, en la *psicotécnica*. En realidad, la *psicotécnica* es un capítulo muy interesante de la psicología científica, capítulo que ningún especialista puede ignorar decorosamente, pero no constituye toda la psicología experimental, ni mucho menos, ni tampoco se puede esperar que ella transforme la psicología en una ciencia exacta o aproximadamente, como lo son la física y la química, y, hasta cierto límite, aunque más en potencia que en estado actual, la fisiología, ciencia ésta que no puede tener en rigor otro método útil y fecundo que el del laboratorio. El laboratorio más fecundo para el psicólogo inteligente es y será siempre la misma sociedad en que el hombre vive y lucha por la existencia.

Cuando se empezaba a sentir cierto desaliento como consecuencia de un exceso de ilusiones puestas en la *psicotécnica*, la corriente freudiana reanimó la llama del entusiasmo en el campo de la psicología y volvió a ser ésta, como en sus buenos tiempos, la ciencia de actualidad. Es esto, indiscutiblemente, un gran servicio prestado por la escuela psicoanalista a la psicología. Además, Freud y sus discípulos llevaron con gran entusiasmo y un tesón digno del mayor encomio la psicología al campo de la medicina, especialmente de la psiquiatría. Es bien sabido que, por regla general, los psiquiatras no profundizan en el campo de la psicología y, con suma frecuencia, no tienen otra psicología que la que sabe todo el mundo, pues, mal que bien, todos, en cierta medida, somos psicólogos, ya que nos vemos obligados cotidianamente a tratar con hombres y mujeres de los más variados temperamentos, aptitudes e inclinaciones y nos vemos obligados a observarlos y estudiarlos a fin de poder regular nuestra conducta hacia ellos. Pero esta psicología, a la cual atribuyo mucha importancia —y no quisiera escandalizar a algunos especialistas y colegas—, por cuanto es la que está al alcance de todo el mundo y de uso corriente, no es suficiente para el psiquiatra. Todo psiquiatra digno de este nombre debe

estudiar psicología como ciencia fundamental de su especialidad.

Freud ha puesto de actualidad la psicología en el campo de la medicina y con ello ha prestado un importante servicio a la ciencia, a pesar, por supuesto, de no ser el único que haya contribuido a ello, pues en este sentido no podemos dejar de citar, a fin de ser justos, a los médicos Maudsley, Janet, Krapelin y Sollier y al gran Th. Ribot, quien, a pesar de no haber sido médico, dedicó toda su vida a cultivar la psicología mórbida con gran competencia y extraordinario talento, y entre nosotros a los doctores Horacio G. Piñero y José Ingenieros, para no citar sino a los astros de primera magnitud.

Además, es un mérito innegable para Freud y sus discípulos haber dado toda la importancia que efectivamente tiene para la psicología el problema sexual. En la gran mayoría de las obras de los psicólogos se descuida este asunto, como si el hombre no fuese un ser sexual como todos los demás, inclusive las plantas. Y es innegable que los psicoanalistas, y especialmente Freud, han sabido observar con raro talento las manifestaciones psico-sexuales de la infancia. Con ello han prestado un importante servicio a la psicología.

Por último, el psicoanálisis ha sabido poner en evidencia la importancia de lo subconsciente en nuestra vida psíquica. Es verdad que la psicología clásica no descuida este problema y que hace rato que no se acepta que la psicología se ocupe exclusivamente de los fenómenos de conciencia; pero Freud y su escuela han ahondado más que nadie en este terreno, aunque con un criterio que no podemos aceptar por ser, como lo hemos dicho, su concepto del Inconsciente, místico y anticientífico.

El psicoanálisis nació como un método de diagnóstico y de curación de las neurosis; luego la imaginación exuberante de Freud lo transformó en un sistema de psicología. Posteriormente se fue expandiendo hasta abarcar la estética, la sociología, la mitología, la lingüística, la pedagogía, convirtiéndose así, por obra del mismo Freud, en un sistema filosófico. Creemos firmemente que esta excesiva expansión de la doctrina será la causa originaria de su descrédito y de su ruina.

Juan Ramón Beltrán

LA PSICO-ANALISIS*

Agradezco la cariñosa acogida que me brinda el Centro de Estudiantes de Medicina por intermedio de su Ateneo. Nunca creí entrar a esta casa, que consideré mía desde el momento que ingresé a la facultad de Ciencias Médicas, con tanta emoción como la que ahora experimento, estrechamente vinculada a la gentilísima presentación que acaba de hacer el presidente del Ateneo, en términos que por su generosidad exceden a mis modestos méritos y obligan el profundo reconocimiento de mi espíritu.

Contribuyen a que este acto cobre un marco de especial atracción las numerosas damas que lo realzan con su presencia. Y, al referirme a ellas, recuerdo las palabras con que Freud, el genial creador de la psico-análisis, comenzó su ciclo de conferencias en la Universidad de Clark ante un auditorio casi esencialmente femenino; dijo entonces: "Considerar una teoría de conceptos tan avanzados como la psico-análisis, en la cual es necesario ocuparse de determinados aspectos de la vida sexual, y hacerlo con palabras que parecerían poco usadas en el trato social corriente, no es una irreverencia para las damas; todo lo contrario, significa, en primer término, evitar que se formulen falsas interpretaciones por no utilizar un lenguaje apropiado y exacto, y, en segundo lugar, darle a la mujer el sitio normal que le corresponde en el estudio de la ciencia, considerando que, también a ese respecto, ella debe estar en la misma posición en que se encuentra el hombre, pues no puede crearse una terminología científica 'ad usum delphini'".

Al evocar en estos momentos las palabras de Freud, me pare-

* *Revista del Círculo Médico Argentino*, II, 1928, pp. 1952-1987.